

## MON FILOMENA YAMAMOTO (1930-2014)

**M**on Filomena Yamamoto, misionera de María, Javeriana, japonesa, dejó esta tierra el 28 de abril de 2014 en Miyazaki. Tenía 83 años.

Diez años antes, ella había narrado su encuentro con Cristo al periódico de las javerianas: «Pensando en el entorno en el que crecí y los eventos que precedieron a la gracia del bautismo, veo claramente la mano amorosa de Dios que me guió de una manera silenciosa y oculta. Nací en una familia budista de la corriente zen. En la casa familiar había un altar donde se veneraban las tablillas funerarias de nuestros antepasados. Cada mañana ofrecíamos una taza de té y otra de arroz y nos deteníamos a orar con las manos juntas. Cuando pasaban los peregrinos camino de algún templo o venían los pobres, les ofrecíamos arroz para comer.

Teníamos una profunda conexión con el templo. Cuando era niña solía ir a visitarlo, escuchaba los sermones de Bonzo y me preguntaba por qué el hombre nace y luego muere, por qué hay tanto sufrimiento en el mundo y por qué aquellos que hacen el bien a menudo sufren, mientras que aquellos que hacen el mal tienen éxito y viven cómodamente. A menudo reflexionaba sobre estos pensamientos, pero no me atrevía a preguntar a los adultos, porque tenía la impresión de que no podrían responderme.

A través de la naturaleza, con el maravilloso espectáculo del cambio de las estaciones, creo que el Señor me hablaba. Sentí que, por encima de las divinidades de las antiguas religiones de Japón, debía existir un Dios que creó el cielo y la tierra y que por tanto tenía que buscar la religión verdadera. Recé para descubrirla, pero no sabía dónde encontrarla.

A los 23 años dejé mi ciudad para ir a Miyazaki. Invitada por una amiga, comencé a asistir a la Iglesia Católica y a las sesiones de catequesis. Al

principio sentí una cierta resistencia hacia la fe en un solo Dios, porque la cultura japonesa está impregnada de la presencia de numerosas divinidades que no se excluyen entre sí. Sin embargo, continuando el estudio del cristianismo, cuando pude escuchar el pasaje de la pasión y de la resurrección del Señor y comprender la maravillosa obra de la redención, entonces sentí dentro de mí la firme convicción de que finalmente había encontrado lo que había estado buscando desde hacía muchos años».

Desde su juventud, Mon ansiaba una vida completamente dedicada a los demás, pero solo encontró la respuesta cuando conoció a Cristo. Siendo catecúmena, estaba fascinada con la idea de entregar su vida por completo a la misericordia de Dios: «Cuando todavía era catecúmena, el padre Sandro Danieli, misionero javeriano, me prestó la autobiografía de santa Teresa de Lisieux, y leí el pasaje donde ella habla de la ofrenda que había hecho de sí misma al amor misericordioso. Fue la primera vez que me encontré con esta idea. Más tarde, cuando ingresé en las misioneras javerianas, me sorprendí al descubrir que el fundador, el padre Giacomo Spagnolo, tenía una profunda devoción a la omnipotencia y a la misericordia de Dios y que todas nosotras, al emitir la profesión perpetua, confiamos nuestra vida a la omnipotencia misericordiosa del Señor».

El amor a María contribuyó a orientar su elección. Cuando Mon ingresó en la congregación de las Misioneras de María, en 1961, los javerianos tan solo llevaban dos años en Japón. Madalena, una de ellas, recuerda: «Mon era una hermana fiel a la vida que había elegido. Ella creaba armonía en cualquier comunidad donde la obediencia la había destinado. Su serenidad, su humor, su sencillez hacían que todos todos se sintiesen bien acogidos. Era una persona auténtica, evangélica, de esas personas a quienes pertenece el reino de los cielos. Todo lo aceptaba, y sabía vivir el momento presente, ofreciéndolo todo por Jesús en la oración. Vivía en paz y transmitía paz».

«De mente abierta, sabía cómo afrontar las situaciones nuevas e inesperadas –agrega otra javeriana en Japón– de una forma elegante, incluso con un toque de humor. Se mantenía siempre bien informada sobre los

problemas mundiales y nacionales para llevarlos a la oración y compartirlos con nosotras y con las personas con las que se encontraba. Privilegiaba las visitas a los enfermos, a los ancianos, a las personas que vivían en soledad».

«En la parroquia había muchas personas enfermas –recuerda un padre javeriano que la conoció al comenzar su servicio misionero– y Mon me propuso visitarlas y que les lleváramos juntos la comunión. Fue la primera vez que hice este ministerio y Mon me ayudó muchísimo. Con ella aprendí cómo acercarme a los enfermos, cómo rezar con ellos, cómo consolarlos y cómo incorporar a Jesús en sus vidas. Mon me abrió el camino para que yo sea un verdadero misionero. Ella demostraba una perspicaz sensibilidad ante el sufrimiento físico de los demás, pero su mirada penetraba en lo más profundo de sus corazones y deseaba prepararlos para recibir la obra salvífica del doctor divino».

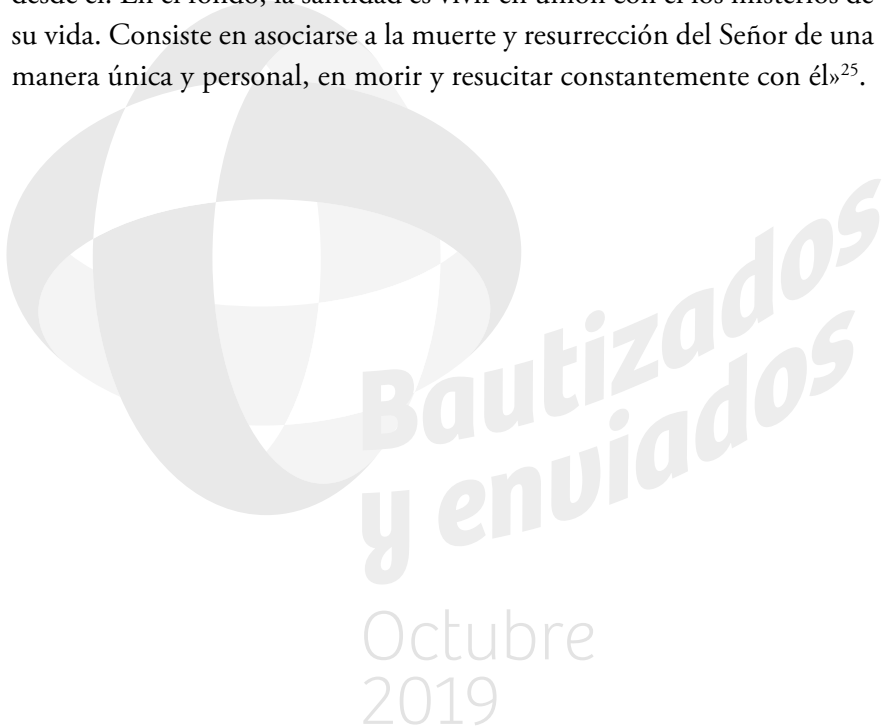
El director del Centro para el Diálogo Interreligioso Shinmeizan nos ha dejado este testimonio: «Tengo mucho que agradecer a la hermana Yamamoto Mon, no solo porque durante tres años contribuyó generosamente a la vida y a las actividades de Shinmeizan, sino también y especialmente por la calidad de su presencia y por el ejemplo de vida religiosa. Siempre serena y jovial, pero también era muy seria y precisa en la observancia de la vida comunitaria y en los demás aspectos de la vida religiosa. La oración era muy importante en su vida. Era una mujer sobria y simple, evitaba los chismes y charlas inútiles, era muy trabajadora y diligente en el desempeño del trabajo encomendado».

En 2011 le fue diagnosticado un cáncer. «Fui a visitarla –escribe un amigo misionero javeriano– al hospital. Incluso entonces recuerdo su preocupación por los demás. Ella había convertido su habitación en una pequeña iglesia en la que permanecía en compañía de Jesús. Recibiendo la quimioterapia, tuvo ocasión de prepararse para la muerte y hablaba de ella con los que iban a visitarla, dejando así un testimonio de fe y de serenidad que provenían de su confianza incondicional en Jesús».

«Cuando la veíamos sonriente, nos preguntábamos si realmente estaba enferma. Para todos tenía palabras de agradecimiento: “Gracias por vuestras

oraciones...”, decía siempre. Durante sus internamientos hospitalarios, su serenidad impresionó a muchas personas: “Las personas que tienen fe son diferentes”, decían. En los últimos días oraba continuamente; “Señor, ven pronto a por mí”».

«Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio. Esa misión tiene su sentido pleno en Cristo y solo se entiende desde él. En el fondo, la santidad es vivir en unión con él los misterios de su vida. Consiste en asociarse a la muerte y resurrección del Señor de una manera única y personal, en morir y resucitar constantemente con él»<sup>25</sup>.



<sup>25</sup> PAPA FRANCISCO, Ex. Ap. *Gaudete et exsultate*, 19-20.